Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 07

Juego de abalorios

Jiménez Brito, F. Javier

1994

https://hdl.handle.net/20.500.11777/5121

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

JUEGO DE ABALORIOS

JAVIER JIMÉNEZ BRITO

Preludio

La palabra es líquida luz que atraviesa un espejo y en su viaje transporta un deseo, un pensamiento feliz o una desdicha.

La palabra nace y se difunde en partículas brillantes hasta tocarnos con verdad, amor o hipocresía.

La palabra da calidez al ambiente; es cuerpo y sonido de las emociones. Puede mentir o desmentir; anhelar o corromper, enamorar o destruir.

Al inventar una metáfora cristalina, mi palabra describe a una mujer rubia jugando dentro de un calidoscopio: siempre sorpresa, asombro y misterio.

La palabra es memoria y es olvido.

1. *La Mar en Calma*

La vida en cualquier parte —con las formas infinitas del calidoscopio— puede provocar —nosotros como espejos— una lluvia inesperada de recuerdos.

En ese trance uno entra a una atmósfera de lucidez, aislado de lo que sucede en el entorno, como cuando se vive una escena amorosa intensamente. Es decir sin las coordenadas habituales del tiempo y del espacio; el tiempo real desaparece y el espacio se reduce.

En mi experiencia el *nombre* de una mujer es pronunciado casualmente por una tercera persona, en la antesala del claustro de un ex-convento. Poco después acuden desde mi memoria los recuerdos suficientes como para permancecer en pie, durante más de 40 minutos, en una ceremonia religiosa y no enterarse más que del espléndido trabajo tallado en madera de la decoración barroca de la capilla del ex-convento, que servía de fondo visual a estos recuerdos que se deshojaban incesantes dibujando cada vez mejor la blancura de su piel, el cabello, los gestos, la inteligencia, la voz delgada, la sonrisa enigmática y su característica tris-

teza; así fuían las diversas estancias compartidas junto a esa mujer de nombre luminoso.

Ahora reflexiono y pienso que subsiste en nosotros una especie de Caja de Pandora que guarda fielmente lo que hemos vivido, con fortuna o infortunio, con sabor dulce o amargo, con alegría o tristeza. Se trata de un subterráneo que puede ser agitado, como en mi caso, por el solo hecho sonoro de escuchar al azar, tal vez providencialmente, el nombre de esa mujer que, a pesar del tiempo y la distancia, no me es indiferente.

Aquella voz que actuó en una escena de la vida real fue cómplice involuntaria, de que la *mar en calma* de mi memoria levantó en vilo los espejos líquidos y multicolores que nos reflejan.

2. *Los Libros de las Bibliotecas*

Cómo se maravillan — y creo que a muchos más — los libros de las bibliotecas: sus portadas de pintores famosos, su factura propicia para las manos y los ojos, el resumen biográfico del autor. Por ejemplo: vendedor de telas y diputado, Jaime Sabines, redactor de ejecutorias legales, Franz Kafka; monja y pintora, Sor Juana Inés de la Cruz; carpintero, ajedrecista, corrector de estilo, Juan José Arreola; astrólogo, médium y ocultista, Fernando Pessoa, entre otros grandes escritores.

Comparo nuestro calidoscopio y sus caras diferentes con el conocimiento y la imaginación vertidos en cantidades y calidades fabulosas en el cuerpo de los libros, por medio de las lenguas de la Torre de Babel inexplicable.

Dentro de estos libros quietos y ordenados en los estantes de las bibliotecas se inscriben las ideas, la imaginación y los sueños de los hombres y mujeres insignes y torpes, creadores y destructores, curiosos y absurdos, hasta llegar a las últimas formas de la lucidez y la demencia humanas, que por desgracia se encuentran y confunden en más de una estación de tranvías repletos de deseos y guardagujas.

Allí están los libros de lenguaje sencillo, culto o engolado; tipografía en letra cursiva o en letra redonda, con grabados o fotografía, ex-libris que identifica al propietario; notas a pie de página, prefacio, epílogo y colofón; con la cuarta de forros reservada para el docto comentario, el lomo que repite el título junto a una pequeña ilustración o logotipo de la editorial.

Allí permanecen los libros en las bibliotecas, ávidos de ser abiertos, hojeados, leídos por ti, para alagar tu sensibilidad y hacer de la lectura una fiesta silenciosa y privada.

Cerremos estas notas, por ahora, con el poema de quien fuera direc-

tor de la Biblioteca Nacional en Argentina, en el edificio de la calle de México, ya ciego, y amante fervoroso de los libros:

Nadie rebaje a lágrimas o reproche
esta demostración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.

Jorge Luis Borges